CARLOS EDMUNDO DE ORY Y EDUARDO CHICHARRO: LUCES Y SOMBRAS DE UNA AMISTAD IMBORRABLE

Jaume Pont

Tanto Carlos Edmundo de Ory (1923-2010) como Eduardo Chicharro (1905-1964) dejaron repetidas veces constancia de su primer encuentro y del comienzo de su amistad. Hacía muy poco que ambos se habían instalado en Madrid con sus respectivas familias, uno en 1942 proveniente de su Cádiz natal y el otro de Roma en 1943, cuando

Eduardo Chicharro en 1948

entre vasos de tinto y humo de tabaco de liar, la azarosa vida de aquella inmediata posguerra quiso que fuera el por entonces ya agonizante Café Pombo donde aquellas almas gemelas se encontraran. A partir de aquel momento todo cambió para ambos. Distancias y recelos se allanaron de inmediato en nombre de la poesía. Si les separaban dieciocho años de edad y una más que ostensible diferencia en sus formaciones intelectuales, les unía, sin embargo, el mismo fervor por la imaginación creadora y un concepto de la amistad nada lejano de los rasgos que enaltecieran la *philía* platónico-aristotélica: los valores compartidos entre amigos y la reciprocidad de intereses y de afectos.

Eduardo Chicharro Briones —"Chébé" para los amigos según rezan las letras iniciales de sus apellidos—, madrileño romanizado, había estudiado en la capital italiana, donde su padre Eduardo Chicharro Agüera, pintor de cámara de Alfonso XIII, fuera nombrado director en 1912 de la Real Academia de Bellas Artes de España en Roma sustituyendo a Ramón María del Valle Inclán. Entre el cultivo de los pinceles, una educación de signo clasicista y su afección nada disimulada por la literatura, el joven Chicharro había tenido tiempo para viajar por Europa, declararse discípulo de Marinetti y enamorarse del surrealismo. En cuanto a Ory, nacido en Cádiz "en el seno —precisa Jesús Fernández Palacios— de una familia católica, acomodada y de honda raigambre en la ciudad" (Ory 2011: 10), sus horizontes fueron sin duda más estrechos, limitándose al marco gaditano y a alguna que otra salida circunstancial. A los trece años de edad, los estudios de aquel adolescente, de natural enfermizo, se verían paralizados a causa de la guerra civil. Fue su primera lección de vida. En 1939, la muerte de su padre, el poeta modernista Eduardo de Ory, agrandaba todavía más la sinrazón de un dolor que solo encontraría refugio en la estupenda biblioteca paterna, rebosante de los grandes maestros de la poesía simbolista europea y del modernismo hispánico.

Eduardo Chicharro fue el primero, en un hermoso artículo sobre Ory publicado en *El Español* en 1945, "Carlos Edmundo a machamartillo" (Ory 1970: 286-287; Pont 1987: 452-453), en dar testimonio de aquel primer encuentro:

> Yo le descubrí una noche en el café Pombo; le descubrí en seguida. Primero vi su figura despistada y fuera de aquel lugar, y cuando me dijeron que se trataba de un poeta, entonces asentí y me dije: "Este es un poeta". Traté inmediatamente de acercarme a él, y así le atraje a mi órbita y yo entré en la suya. Su mundo era aún muy estrecho, pero lleno de extraordinarias posibilidades; de él emanaba una especie de sed y en él se veían mover a intervalos aguas tranquilas, pero que presagiaban lejanas y pavorosas tem-

pestades. Lo vi en seguida. Mi mundo era un mundo grande y crecido. No por mérito mío, que mi mérito era el de llevarlo únicamente conmigo. El mundo de la rebeldía de la imaginación, tan harta de sandeces, tan deseosa de recobrar su libertad y presentarse con su maravilloso cesto sobre el que resbalarán entonces toda clase de insultos y podrá ser poseído por quien quiera. Mundo extraño y riquísimo en cuya entretela se forjaron los genios de Max Ernst, Arp, Picasso, Picabia, Dalí y Breton y Aragon, y Chagall, y Roux, y muchos otros. Esto traía yo, ¡cosas viejas! Pero fue lo suficiente para que el tierno poeta se llenara de visiones nuevas y abriese su ser a nuevas modalidades del pensamiento que han revolucionado su técnica.

Esta larga cita enmarca, en rigor, algunos de los más sustanciosos hontanares en los que bebió la amistad entre Carlos Edmundo de Ory y Eduardo Chicharro, esto es: la complicidad de intereses de dos caracteres distintos pero complementarios; la fe ciega del segundo en las posibilidades creadoras del joven poeta gaditano; y, al arrimo de ello, una manifiesta relación maestro-discípulo que tendría como estímulo mayor la experiencia y el peso de la edad, el poder de la imaginación, la enseñanza de las vanguardias y el ejemplo del surrealismo. Ory lo reconocía sin cortapisas:

> Ha existido en nuestro trato una especie de jerarquía. Jerarquía o posición, más ficticia que positiva. A él le tocaba conducirme por los senderos intrincados del arte. La madurez de su edad: su experiencia acumulada de vidas, viajes, ideas y la naturaleza misma de sueños, me infundían respeto. Su mundo era un mundo grande y crecido. Era el mundo de la rebeldía de la imaginación (Ory 2000: 19).

El círculo de fuego creador: el postismo o la amistad como taller

El postismo, movimiento postsurrealista de vanguardia fundado por Eduardo Chicharro, Carlos Edmundo de Ory y el italiano Silvano Sernesi en el Madrid sordo y cenagoso de comienzos de 1945, fue sin duda el eje fundamental alrededor del cual giró aquella incipiente amistad y el espíritu creador de los dos amigos, flanqueados primero por Silvano Sernesi y luego por Francisco Nieva, Ángel Crespo, Gabino-Alejandro Carriedo, Félix Casanova de Ayala y un buen número de simpatizantes, entre los que cabe contar a escritores noveles por aquel entonces como Ignacio Aldecoa, Gloria Fuertes, Fernando Arrabal, Carlos

Martínez Rivas, Juan Eduardo Cirlot o Antonio Fernández Molina. En Chicharro —mente rectora de los cuatro manifiestos postistas— se aunaban liderazgo, presupuestos ideológicos y directrices teóricas o programáticas del ismo; en Ory y Sernesi latían el genio poético, el vitalismo y la desbordante inspiración juvenil (Pont 1987: 31).

Así pues, el postismo se convierte en ágora abierta de complicidades y deseos. Fruto del espíritu vanguardista del nuevo ismo, la presencia activa de Chicharro y Ory se vería multiplicada de inmediato. El artículo al que pertenece el fragmento citado, "Carlos Edmundo a machamartillo", es un buen ejemplo de ello. Escrito al arrimo del fervor postista inicial, dicho texto constituye uno de los centros expansivos de un taller de amistad que se extiende a un cruce o trasvase continuado de escritos y colaboraciones diversos, entre ellos el artículo de réplica que seis meses después, en abril de 1946, Ory publicaría también en *El Español* con el título de "Chicharro hijo a rajatabla", donde se declara abiertamente discípulo de Chebé: "Yo mismo, Carlos Edmundo de Ory (¡gran caballo de oro!), llevo mi egolatría, mi adoración, con un diabólico instinto, nauseabunda mezcla de modestia y orgullo, hasta el punto de declarar, aquí y fuera de aquí, que Chebé es mi maestro" (Ory 1946: 5).

Desde 1944, a la manera de un *círculo de fuego* postista —círculo extensible a otros miembros de aquel movimiento estético-literario como Silvano Sernesi, Francisco Nieva o Ángel Crespo—, crecerá en el binomio Chicharro-Ory un decidido proceso de vasos comunicantes que proyecta su amistad hacia un enriquecimiento mutuo en materia de vida y poesía. Cada uno de ellos, a modo de espejo, se convierte en reflejo para el "otro" de lo propio. A Chicharro, por ejemplo, se deben no pocos poemas que glosan la figura y personalidad poética del gaditano: "Oh, buen amigo, aquel antiguo Carlos", "Carta de noche a Carlos", "Queretopea al amigo poeta", "Romance de Carlos Edmundo de Ory" y "Lamento". En cuanto a Ory, bien puede decirse que toda su obra postista del período 1945-1948 fue escrita, de principio a fin, bajo el magisterio estético y vital de Chicharro.

El hecho admite pocas dudas: se debieran a la pluma de Chicharro o a la de Ory, todos los textos más relevantes de la época postista abonan el espíritu creador y de amistad de dicho círculo de fuego. Entre ellos es imprescindible mencionar varios textos debidos a Chicharro, como el prólogo escrito para la publicación del libro de poemas de Ory *Doblo hablo* (Ory 1978: 62-64), algunos fragmentos de su "Autobiografía" (Chicharro 1974: 327-342) o su "Pequeña historia del Postismo" (Chicharro 1996: 205-214), y tres entregas fundamentales de Ory que vienen a añadirse a su "Historia del Postismo" (1970: 261-272): nos referimos al primer

volumen de su *Diario (1944-2000)* (2004) y las prosas de *Noches dantescas* (2000) y *La memoria amorosa* (2011).

Asimismo, ambos colaborarán al alimón en la confección de los cuatro manifiestos postistas (Chicharro 1974: 271-312; Pont 1987: 245-293) —firmados respectivamente por Chicharro (1945), Chicharro-Sernesi-Ory (1946), Chicharro (1947) y Chébé-Ory (1947 o 1948)— y la escritura de dos libros de manifiesta singularidad: *Las patitas de la sombra* (Chicharro y Ory 2001), romances postistas de 1944, y la comedia *La lámpara* (1945), todavía hoy inédita, en la que esta vez en colaboración con Sernesi escriben teatro del absurdo "unos seis o siete años antes —en palabras de Francisco Nieva— de que se estrenen *La cantante calva* o *Las sillas*, de Ionesco" (Nieva 1971-1972: 50). A este tipo de relación creadora cabría sumar aquí el reto que en 1944 acometen los tres fundadores del postismo: la escritura, por separado, de sendas novelas —tres obras que siguen también hoy inéditas— con el grabado de Durero *El Caballero, la Muerte y el Diablo* como idea-estímulo común.

La correspondencia Ory-Chicharro

Todos estos escritos, siendo importantes, cobran todavía mayor relieve a la luz de la inagotable información que alberga la correspondencia de Ory con Chicharro, correspondencia que el lector puede consultar, desde la primavera de 2015, en el archivo epistolar del primero en poder de la gaditana Fundación Carlos Edmundo de Ory. En las casi setenta cartas entre los dos amigos, que abarcan un periplo cronológico que va de 1944 a 1961 —Chicharro muere en 1964— descubrimos los más secretos ámbitos de una amistad tan intensa como compleja, sustanciada en un extraordinario afecto mutuo, pero no exenta, como se verá, de incomprensiones y obstáculos de diverso calado.

Para empezar, y a la luz de la lectura de dicha correspondencia, diremos que se reafirma en ella el ideario de una amistad sostenida en una estrechísima relación maestro-discípulo. En *Noches dantescas* —libro que bebe, en no pocas ocasiones literalmente, del epistolario—, Ory lo formula de manera diáfana:

> Yo le llamaba de usted. Pero, ¿acaso no me llamaba él también de usted? Pariguales en todo y equitativos en el tratamiento a pesar de las diferencias. Y las había en índole como en temperamento, complexión y mentalidad. No obstante, a la par, manteníamos esa conducta soberana en el arrimo diario. La modestia, ante todo. Y ahí sí que se malograban mis capacidades. Entonces, él, con paciencia generosa, me reñía. Porque, a lo largo de nuestro vínculo, se hizo evidente su afán hacia mi persona. Grande era su empeño

Ory y Chicharro en 1948

en vigilar los dones y las dotes de un joven propenso a las distracciones. Por eso no cejaba en advertencias y pronósticos. —Trabaje y viva ardorosamente. Púlase y arroje sus escorias. Que llegue usted a ser la pluma de un ala de Dante (Ory 2000: 10).

Pero el epistolario entre ambos amigos pone en claro algo más, que hasta ahora no pasaba de una mera intuición por nuestra parte, y que en el presente artículo no hacemos sino bosquejar en sus términos más generales a la espera de un estudio más detallado: nos referimos a la proyección de Chicharro, y con él su ideal como escritor, en la figura de su joven pupilo. O para decirlo en otras palabras: Ory se convierte en la construcción del sentido creador y en el objeto del deseo ético y estético de su maestro. Diríase pues que, en cierto modo, el mito de Pigmalión se encarna en Eduardo Chicharro, empeñado en que el genio de su joven amigo cobre vida creadora.

En este sentido, no ha de extrañar que buena parte de las cartas que Chicharro escribe a Ory entre los años 1944 y 1949 —los de más intensa relación entre ellos y, a la sazón, los que definen la andadura postista— insistan en la forja del carácter de un discípulo que muy a menudo se manifiesta díscolo, irreverente y rebelde. Los consejos del maestro son constantes, apuntando en su mayoría a la doma, literalmente, de la "soberbia", la "falta de modestia" y el "engreimiento" de su pupilo. En carta probable de 1946 —sin fecha, aunque en nota manuscrita de Ory y en el margen derecho superior de la carta se lee: "46 ?"—, después de duras y desacomplejadas observaciones, y tras mentar —al hilo del aura oracular de una obra como *Los discípulos de Sais* de Novalis,— que ya es hora de descorrer el velo de la sabiduría de Isis, Chicharro advierte mesiánicamente a su amigo: "No se ofenda si le hablo así. Lo hago porque le quiero y somos muy pocos los destinados a llevar la antorcha. Y uno de ellos es usted". Y acto seguido desgrana su

Ory con Jaume Pont en Amiens, julio de 1973 (Foto de Laura Lacheroy)

proyecto de magisterio y mecenazgo, sustentado en su papel de mentor, consejero y guía espiritual:

> Ahora voy a proponerle una cosa: ¿quiere dejar, permitir bondadosamente, que yo me ocupe de aconsejarle y guiarle? Yo le ayudaré a trabajar, le criticaré, le estimularé y, si es necesario, le auxiliaré algo también económicamente. Usted, en cambio, me ayudará a mí. También yo le necesito mucho, como amigo, como consejero y confidente, pero aún más como correligionario. Yo necesito de usted para seguir escribiendo en las mesas de los cafés sublimes locuras, trozos bellísimos de arte puro. Eso déjemelo a mí. Necesito tenerle al lado y que me inspire. Necesito oír sus elogios y andar con su entusiasmo.

Lo que más arriba definíamos como una operación de vasos comunicantes entre los dos amigos y sus respectivas obras se rubrica varios renglones después, en los que no es difícil adivinar entre líneas ciertas tensiones formuladas en entregas anteriores. En la carta emerge, con claridad manifiesta, la figura de Chicharro asociada al mencionado mito de Pigmalión:

> Publicaré nuestros romances [se refiere sin duda a los romances de *Las patitas de la sombra*]. Sé que mucho, todo, se lo debo, que le robo mucho. Pero, ¿qué importa? Soy más viejo. Además también yo le he dado a usted mucho. Le he dado nada menos que un mundo; el que ahora desprecia, pero que a pesar suyo va creciendo y se irá cultivando fecundamente dentro de usted.

Si el lector descubre un más que evidente brote de amargura en las palabras finales de dicho fragmento, no se engañará. Entre 1945 y 1948, tras la intensa colaboración llevada a cabo en el año fundacional del postismo, abundan los encontronazos dialécticos entre ambos amigos, acrecentándose día a día la necesidad del joven Ory por aflojar en lo posible los exigentes lazos de la tutela de su maestro. Al primero lo impulsa una ambición y una confianza en sí mismo desbordantes; el segundo, por el contrario, muy a menudo atacado de profundas crisis de orden existencial y creador, ve con el paso de los años afirmarse en él un secreto sentimiento de fracaso, de soledad y de silencio. Perdido en su laberinto, el alma genial de Chicharro parece tocada por un sentido de extravío dantesco que reproduce simbólicamente —recordemos el comienzo de *La divina comedia*— la idea de la vida como "selva oscura". Valga solo como ejemplo su carta del 26 de enero de 1948 en respuesta a varias de Silvano Sernesi desde Italia en las que éste, dolido por las desavenencias entre sus amigos postistas, demanda de ellos mutua comprensión. Está en juego, en palabras del italiano, la supervivencia del "espíritu del triángulo" —léase aquí el espíritu del postismo y sus tres fundadores. En su respuesta a Sernesi, Chicharro se sincera en términos que muestran la distancia que le separa de Ory: "[En su camino] él sólo ve las cumbres y en ellas tiene puestos constantemente ojos y miradas [...] ¿Y yo? Yo estoy metido en un bosque. Mi paisaje es mucho más complejo, perfectamente circular [...] Me veo en crisis. Pero no me asusto. Toda mi vida me vi en crisis, desde los once o doce años me veo en crisis".

Esta dualidad, sustanciada en el doble cuño simbólico que con acierto Chicharro sitúa en la oposición *cumbres/bosque*, perfila lo esencial de la distinta relación que ambos mantuvieron con sus obras. Como viera con acierto Gonzalo

Armero, "la soledad como ámbito del poeta" define de principio a fin la singular obra de Chicharro (Chicharro 1974: 11). En cuanto a Ory, si uno lee con atención su *Diario* cae de inmediato en la cuenta que desde la temprana fecha de 1944, cuando el gaditano solo contaba veintiún años, la forja de la obra y un decidido proyecto de escritura se convierten en el sentido central de su vida. Y precisamente sobre esta obra, sobre ese proyecto, se aplicó el "maestro" Chicharro, en la convicción que encauzando el principio de dicha alteridad cobraba también sentido su ideario estético.

Pero, como hemos dicho, el camino de este magisterio no fue nada fácil. Una de las mejores y más enjundiosas cartas de Chicharro al joven Ory en este sentido —sin fecha, pero probablemente escrita al filo de la aparición en 1945 de la revista *Postismo*— arroja bastante luz sobre algunas de las primeras desavenencias entre ellos. El tema central lo ocupa precisamente la revista *Postismo*, la "dirección" de esta y el distinto papel editorial jugado por ambos en la confección de la publicación y sus contenidos. La carta, que deja entrever otra entrega epistolar anterior de Ory a Chicharro que lastimosamente no consta en la correspondencia que hemos consultado del primero, desgrana numerosos y durísimos reproches del maestro para con su discípulo, al tiempo que desvela con precisión no pocos detalles sobre los avatares del postismo. De lo que no hay duda es que se deja ver ahí una más que ostensible tensión sobre las distintas responsabilidades y el liderazgo del grupo postista. Así, tras un arranque epistolar en el que se subraya críticamente el complejo carácter de Ory, atacado a menudo —leemos— por "algo de psicosis, es decir, de deformación mental" y "egoísmo", un Chicharro más que molesto con las opiniones vertidas en la carta recibida de su amigo, hace balance de las distintas responsabilidades asumidas (dirección de la revista, manifiesto, contenidos, gestión, etc.) en el lanzamiento del nuevo ismo:

> Si usted [Carlos Edmundo] medita bien verá que de eso que usted llama "dirección" es el que ha hecho menos de los tres. [...] A usted le reconozco más de un mérito, y es ya muy notable: el de haber ideado hacer la revista. Por lo demás, casi todo se va haciendo *solo* [...]. Y si usted quiere detallar, fíjese: el título es mío, la hoja de propaganda —menos la (*sic*) epígrafe de Shelley— es mía, y por mí se ha logrado que se conceda; el Manifiesto es mío, la idea de la primera plana, mía, así como la foto y la foto misma, el formato y características de "no corte", míos; *casi* toda la distribución de contenido, mía, lo de las opiniones con sus glosas, mío, la tipografía la he encontrado yo, etc. Silvano [...] es el que ha compuesto la primera plana, lo que pudiéramos llamar el artículo de fondo; él aun siendo italiano,

y no español, va a ver a la gente, se ocupa de todo lo que puede, recaba de su padre mil pesetas fijas para la revista, etc.

Ahora bien: ¿dónde está la dirección? Seamos justos y digamos que nosotros tres hacemos todo y lo hacemos entre los tres. No hay director, o lo somos los tres, o para reconocer las cosas, lo soy yo solo, por mi edad, mi experiencia, mi apellido, mis amistades y mi trabajo. ¿Es verdad o no lo es? Y sin embargo ni quiero este honor, ni me importa un comino ni nos conviene.

En 1946, la intensa amistad entre Ory y Chicharro pasa quizá por uno de sus momentos más difíciles. Dos cartas de este año sin fecha exacta lo constatan. En la suya, reconoce el gaditano: "[...] debo decirle que me parece que usted y yo (por lo menos a partir de unos meses) no nos entendemos como solíamos en otras ocasiones más felices que estas de hoy". Chicharro se duele por su parte, en carta más prolija, de que su amistad "pueda perderse", y promete a su joven amigo "no importunarle más con mis teorías y mis enajenamientos". Pero lo esencial viene a continuación, cuando hace un detallado balance de las distintas etapas de dicha amistad:

Sí, Carlos, nuestro trato puede resumirse en las siguientes etapas: 1) conocimiento de los dos e intercambio de nociones: usted me enseñaba las reglas de la poética y me presentaba escritores de la nueva generación, que yo desconocía, y yo le abría a usted las puertas del surrealismo, de lo mágico, y le traía una corriente de modernismo y de extranjerismo; 2) nuestra amistad era completa y vivíamos y trabajábamos felices en un mundo maravilloso que los dos amábamos; usted se empeñaba en tenerme por su maestro; 3) usted, en su tremenda megalomanía, temía que yo le arrastre (*sic*) y teme que yo me lleve la mejor parte del mérito entre los dos; además surgen entre nosotros disensiones provocadas por una inconsciente rivalidad; por esa época entra usted en contacto con la biblioteca del Ateneo, lee mucho, estudia, y se encuentra con que está fácilmente pasando del mundo nuestro al de la literatura y pensamiento universales, particularmente los románticos; 4) unas discusiones violentas nos separan, causadas por un hecho natural: su emancipación de mí, y mi dolor de ver que usted abandona nuestra común y risueña casa; entonces se aísla, quiere ser fuerte solo, y su vanidad inocente e inocua de antes pasa por esta razón a ser un orgullo y una soberbia que le son necesarios para sustentarse en esa posición y que encuentran fértil terreno en su misma naturaleza de usted; pero una tremenda lucha empieza dentro de su ser.

Eduardo Chicharro tenía razón. Nada de esa "lucha" del joven Ory era explicable sin la presencia de su Pigmalión y maestro. Tan cierto como que aquella rebeldía de su discípulo venía a configurarse como un acto identitario de afirmación y de emancipación: "[No soy] —escribe el gaditano el 27 de septiembre de 1947— el perrillo faldero de antes. [...] Y no respeto a los padres de familia ni a la familia de los padres. ¡Y no respeto a la Sagrada Familia!". Una vez más, se trataba de matar al padre. Porque, no nos engañemos, de un padre espiritual y literario estamos hablando en el caso de Chicharro. Ambos lo tuvieron claro desde un primer momento. En carta sin fecha —aunque probablemente de 1944, a tenor de algunos pormenores vertidos en ella sobre la preparación del postismo—, Chicharro, tras emotivo recuerdo del poeta Eduardo de Ory, padre de Carlos Edmundo, confiesa a este: "La memoria de su padre me es particularmente venerada, y, en cierto modo, creo poder endosarme la responsabilidad de recoger su mandato de atención y de cariño para con usted. Y no me diga que es usted ingrato, porque sé que no es verdad".

Tras el exilio voluntario de Carlos Edmundo de Ory a París en 1953, el tono epistolar de ambos amigos se aquilata y remansa. Dan fe de ello las cartas de 1954 a 1961, en las que se sublima entre ambos —para decirlo con el título de uno de los libros de Ory— lo que podríamos calificar de una entrañable *memoria amorosa*. Así, ante los reproches de Chicharro a propósito de la dureza empleada por Ory en alguna de sus cartas, este responde con palabras en las que reconoce la manifiesta alteridad vital, afectiva y creadora entre ambas personalidades: "Sin embargo, sepa vislumbrar mi ternura en mi dureza. [...] Yo le amo a usted, si puedo emplear en cuanto a mí la palabra amor. Pero yo le quiero a usted porque es usted. Yo no solo le entiendo, yo le vivo" (2 de agosto de 1954). El reconocimiento de dicha alteridad alcanza su crescendo en otra bellísima entrega epistolar del poeta gaditano de veintitrés días después. En dicha carta, remitida desde París, este reconoce abiertamente que su admirado maestro se ha proyectado creacionalmente en él, a la manera de un deseo especular. Así, a la confesión de Chicharro recogida literalmente por Ory en su carta —"[usted, Carlos, es mi] influjo, fuente o manantial"—, el gaditano responde de forma todavía más taxativa: "...mi anormalidad encaja con su vientre o su cráneo. Porque usted ve, seguramente, su genio en mí, que soy su espejo. Porque usted no puede conocerse sin su espejo delante. Y ha encontrado ese espejo en mí. [...] Usted ama mi cabeza [...] y en resumidas cuentas: ESCRIBE PARA MÍ (*sic*)" (25 de agosto de 1954).

Y Ory también, añadimos nosotros —al menos en su joven etapa de formación postista—, escribió para ese "tú" del amigo y ese "usted" del maestro que se encarnaron en Eduardo Chicharro. Espejo frente a espejo, fue tomando de

Ory y Pont en la buhardilla de Amiens, agosto de 1973 (Foto de Denis Ruon)

este modo cuerpo la imagen de una amistad imborrable. El recién iniciado viaje como escritor del joven Ory necesitaba, cual Virgilio por el infierno de Dante, un maestro que le guiara por los intrincados caminos del Madrid de la inmediata posguerra. Y lo encontró en Eduardo Chicharro. En *Noches dantescas*, libro como hemos dicho elaborado con no pocos fragmentos del epistolario entre ambos, Ory sublima de manera inequívoca la palabra de Dante y la lectura de *La divina comedia* como emblema de aquella andadura fraternal:

> Solía ir yo los inviernos a su casa por la noche. Nos reuníamos en la cocina. [...] Las noches dantescas tenían lugar en aquel espacio humilde, en el fondo del piso, el ático de la casa [de Eduardo]. Su mujer, Nanda, y los dos hijos, Tony y Lila, dormían ya. Me abría él la puerta y la cerraba sin hacer ruido. [...] Ya sabíamos que grandes cosas nos aguardaban. [...] A la luz de una bombilla colgando desnuda sobre las cabezas, nos quedábamos hasta muy tarde, envueltos en nuestros abrigos con las solapas subidas y completamente impregnados de la grandeza del momento [...].
>
> Me leía Eduardo, y su pronunciación perfecta, su consumado saber de la lingua archipoética, me producía embeleso. Tan acabada música,

penetrando en mis fibras de por sí musicales, me daba escalofríos. [...] Temblando de frío, la primera noche dantesca que uniría, en adelante, nuestras almas armónicas.

¡Dante! ¡Dante! *La Divina Comedia.*

Juntos penetramos en aquella "selva selvaggia". [...] Leíamos a Dante en alta voz. Mejor dicho, leía él. No lo leíamos como el mismo Dante dice en un verso del poema leía él mismo a Virgilio como siendo objeto de un *lungo studio*, sino solamente como siendo objeto de un *grande amore.*

¡Que noches!

Tu se'lo mio maestro e il mio autore:
Tu se'solo colui, da cui io tolsi
Lo bello stilo che m'ha fatto onore.

Y así llegó el momento en que casi tuvieron que abrazarse nuestras almas. Llegó el momento a punto, cuando la lectura dantesca había llegado a punto; empezó en ese punto (Ory 2000: XXI, 28-29).

Los testimonios que el lector tiene entre sus manos son solo un rincón escondido, de los muchos que todavía faltan por descubrir, de esa entrañable casa de la amistad que habitaron dos seres tan irrepetibles como iconoclastas. Maestro, padre y amigo uno; amigo, "discípulo predilecto" e "hijo adoptivo" el otro —según reza una carta de Chicharro escrita en Ávila el 25 de septiembre de 1947—, entrambos iluminaron, sí, "el rincón de un cuarto vacío, pero que se abre a la inmensidad a través de una ventana dorada" (Ory 2011: 30). Todavía resuenan las bellas y emocionadas palabras de Carlos Edmundo de Ory —y con ellas pongo colofón a las nuestras— en *La memoria amorosa*:

Usted-tú mismo me abrió la ventana de oro de la libertad. Salí volando. [...] A unos les une simplemente la sangre, a otros la religión o el dinero. A nosotros nos unió la Poesía. ¿Qué somos los dos en cada uno? Orestes y Pílades, Euríalo y Nisos. ¿Qué o quién soy yo, y quién, qué era esa majestad? Estoy seguro de que esta pregunta dos veces doble puede formularse unísona. [...] ¡Oh teatro de mi *giovinezza*! Veinte años tenía yo cuando nos conocimos. Y él cuarenta o ya había pasado esa edad de doble juventud. Dos veces mayor eras y podrías serlo tres junto a mí. ¡Y qué importaba eso! Porque, ¿cómo alimentar vuestro entusiasmo sin el mío? Sí, terrible Excelencia. Sometidos indistintamente a un entusiasmo

común. ¡Lo ves, lo ves! ¿Quién era el más grande de los dos? El de en medio (Ory 2011: 30).

Bibliografía

Chicharro, Eduardo (1945): "Carlos Edmundo a machamartillo", *El Español*, Madrid, noviembre de 1945.

— (1974): *Música celestial y otros poemas*, edición de Gonzalo Armero, Seminarios y Ediciones.

— (1996): "Pequeña historia del Postismo", *Barcarola*, nº 50, Albacete, junio 1996.

Chicharro, Eduardo y Ory, Carlos Edmundo de (2001): *Las patitas de la sombra*, edición de Antonio Pérez Lasheras y Alfredo Saldaña, Mira Editores, Zaragoza.

Nieva, Francisco (1971-1972): "Eduardo Chicharro: la realidad del arte y lo que podemos en contra de ella", en *Trece de Nieve*, nº 2, Madrid, invierno 1971-1972, pp. 49-52.

Ory, Carlos Edmundo (1946): "Chicharro Hijo a rajatabla", *El Español*, Madrid, abril de 1946.

— (1978): *Energeia*, Plaza y Janés, Barcelona.

— (2000): *Noches dantescas*, El Toro de Barro, Cuenca.

— (2011): *La memoria amorosa*, prólogo de J. Fernández Palacios, Visor, Madrid.

Pont, Jaume (1987): *El Postismo. Un movimiento estético-literario de vanguardia*, Llibres del Mall, Barcelona.